

Educar una forma de vida, desde mi experiencia un compromiso de formar a nuestras nuevas generaciones

J. Carolina Vera

Magíster en Pedagogía Crítica/Doctora en Ecología del Desarrollo Humano Universidad Politécnica Territorial de Mérida “Kléber Ramírez”. Docente Universitario. Universidad de Los Andes (ULA) Núcleo Universitario “Dr. Rafael Ángel Gallegos Ortiz”. vrycgre@gmail.com

Para hablar de la experiencia de ser educador, comienzo narrando mi propia historia de vida donde a través del ejercicio retrospectivo comienzo a realizar el proceso de autoevaluación, esto es algo a lo que cotidianamente no nos sometemos los seres humanos, sin embargo, existe momentos en nuestras vida que se hace necesario dar este paso, donde tenemos que autodescubrirnos, escudriñando cada momento, vivencia, experiencia, aprendizaje, desavenencia con la que hemos contemplado amalgamar la constitución de nuestro ser, alimentando una serie de sentimientos, valores, prácticas, costumbres, hábitos que nos han permitido lograr eso que nos define o nos transforma en el ser humano que integra una familia, una sociedad, una comunidad, o institución.

En este proceso, de búsqueda del “yo mismo”, indudablemente me hacen salir de la zona de confort, mostrando cada parte del proceso que me ha permitido realizar esta travesía durante cuatro décadas de existencia, en este sentido reflexionando sobre auto-reconocimiento debo hacerlo desde el sistema epistemológico en sus tres dimensiones: ontológico, gnoseológico y axiológico, tomando conciencia de cada uno de estos procesos para liberarme de mis miedos y fortalecer mi espíritu.

Comenzando por la remembranza desde mi infancia hasta lo que soy hoy día, para darle sentido a esta exploración que me ayudara a autovalorar no sólo la punta del *icerberg*, sino todo el complemento de mi formación personal, profesional y laboral, donde narro muchos

acontecimientos que han permitido la constitución de mi personalidad, teniendo siempre la firme convicción de que innegablemente este proceso nació en el seno familiar, continuando en cada una de las vivencias del día a día y su contexto histórico que incuestionablemente influye en nuestras vidas y que la transforman es un constante aprendizaje, comenzando desde mi transitar por la vida en la travesía de mi niñez. Éste sugiere, indudablemente, hacer una recopilación de las destrezas adquiridas y de la formación académica desde el punto de vista vivencial, donde como agente transformador de la sociedad, asumimos la responsabilidad y el compromiso indeleble con la formación de nuevas generaciones. Para ello, es necesario la autodefinición desde el contexto del desarrollo humano desde lo personal a la práctica profesional, proceso en el que se fusionan relacionalmente acciones y actividades, que fusionan y se complementan la una de la otra; condición que me ha permitido consolidarme como profesional de las ciencias de la educación, cuyo hacer involucra la responsabilidad implícita de aportar a la paz y al desarrollo sostenible.

Desde esta perspectiva, puedo decir que la formación es un proceso a lo largo de la vida, pues como seres humanos estamos insertos en experiencias educativas que comienzan con la misma existencia, de manera informal y posteriormente se va estableciendo formalmente como una constante que a lo largo del ciclo vital nos transforma, aportándonos asertividad y, reiterando lo propuesto por la UNESCO (2022) donde esgrime que “la educación es un derecho humano fundamental y bien público mundial con el poder de transformar la vida de las personas, las comunidades, y el planeta para mejorarlo a lo largo de las generaciones” (p. 3). En lo personal a lo largo de mi praxis docente debo reconocer que, como ser humano he adquirido y reforzado los valores, conocimientos, experiencias, vivencias asociadas con la dignificación del ser humano, principios rectores que han coexistido desde mis primeros pasos por la educación primaria, en los cuales han aflorado rasgos personales que instan cada día a la mejora permanente, como un compromiso que refleja la vocación y la entrega a la loable tarea de enseñar tanto a estudiantes como a la sociedad en

general, aportando valor agregado a la productividad y al quehacer que contribuye con el desarrollo sustentable y sostenible del país. Esta responsabilidad se gestó desde la educación inicial, donde desde niña sentí la iniciativa de ayudar a los otros, seres humanos congéneres en el camino educacional, abrigando la satisfacción de ser útil en el desarrollo del aprendizaje.

Continuar el recorrido que me inspiró, requirió de la adopción de la flexibilidad de pensamiento, que me asegurara que todo lo que pasara por mí, me transformara en algo mejor. Esta disposición se reforzó en mi adolescencia y, me preparó para descubrir la conciencia de asociar los conocimientos anteriores e integrarlos a las nuevas vivencias, sapiencias y experiencias estos hechos me condujeron a desenvolverme mejor en cada etapa de mi vida, pero principalmente en lo laboral, momento en el que adquirí la conciencia de discernir entre las experiencias positivas y negativas, aprovechando lo que nos deja cada uno de éstas, las cuales me han ayudado a lo largo de mi existencia a cambiar o enfrentar situaciones posteriores porque nos enseñan a madurar y no cometer los mismos errores, es decir, esto ha permitido detenerme a recapacitar antes de sortear cualquier situación.

Posteriormente, en el transitar a mi adultez he seguido luchando por lograr el propósito que un día me tracé en la vida, ser educadora. Hoy más que nunca, tengo la certeza de que quien deja de aprender pierde la esencia de la vida, premisa que me ha encaminado a la obtención de nuevos aprendizajes, pero sin dejar de enfocarme en realizar, consolidar y alcanzar las metas propuestas, valiéndome de enfrentar con resiliencia cada circunstancia proporcionada. En cuanto a esta función pienso que el ser humano lleva implícito su rol de enseñar, el cual no puede ni debe dejarse a un lado; pues a través de estos años he aprendido que todos los días debe haber un fomento en la educación en cada espacio si queremos avanzar, debemos de multiplicar nuestros conocimientos no sólo a los que están en nuestro ámbito, sino también a la población en general a cada uno de los integrantes de la sociedad para de esta manera lograr avances importantes en materia de educación.

Contar toda experiencia me llevan a revisar las evidencias, siendo consciente que las acciones que he emprendido han dado resultados aceptables, en el que, sin duda alguna, he contado con la virtud de ver los frutos del trabajo realizado, el desarrollo de esta forma de proceder me ha dado la satisfacción de ver formarse a mis estudiantes, luego verlos en el campo laboral y obtener el reconocimiento de su desenvolvimiento, es productivo para mí como docente porque me han permitido continuar participando en cambiar los paradigmas en la salud y la educación Venezolana, en cuanto a mi área conocimientos, tengo la convicción de que me he esforzado por sembrar la semilla del amor por luchar y alcanzar las metas propuestas a través del pensamiento crítico y el cuestionamiento de sus praxis diarias además de: Consolidar el don de educar, el cual ha imperado en la transformación social que hemos tenido a lo largo de la historia, sentir la satisfacción del deber cumplido, al permitirme guiar a estos jóvenes a través de la enseñanza verlos como estudiantes y luego verlos desarrollarse en el campo laboral como mis colegas y observar que hacen el trabajo con profesionalismo, es algo que me enorgullece y me incentiva a no perder mi filosofía de vida y mi compromiso con la educación, como proceso de potenciación de las habilidades y destrezas el ser humano, esto me impulsa a fomentar la educación en todas las áreas, quiero enfatizar que la siembra de todos estos valores de empatía, disciplina, habilidad, altruismo y equilibrio son fundamentales en el proceso transformador en cada una de las acciones que emprenda cada profesional en el área de trabajo. Gracias por permitirnos contar estas experiencia a través libro *El Magisterio como forma de vida, historias y textos de docentes*, considero que aún falta mucho que hacer pero continuamos en la lucha del día a día, estoy convencida que la educación es el arma correcta para continuar en la lucha.

Cuando visualizo el futuro de la educación reitero que, es esencial instar el descubrimiento y accionar autónomo, como condiciones necesarias para potenciar el efecto de una visión integradora; donde el educador debe de tener la entrega necesaria, la mística de trabajo, la convicción de lo que se está haciendo, la vocación y el deseo de

enseñar, siendo una constante que debe imperar en el compromiso de la formación de las nuevas generaciones, además un docente bien formado es esencial para una educación de calidad, la tecnología puede mejorar relativamente la educación pero no está al acceso de todos, así que quienes elegimos esta profesión debemos permanecer en constante lucha para poder aportar a la sociedad lo que requiere. De aquí nace la necesidad de cambiar la forma de pensar, actuar, sentir, de observar desde otra perspectiva el contexto del individuo, logrando de este modo motivar la certeza de que para mejorar el futuro, debemos de crear los ámbitos adecuados a las necesidades tan cambiantes de la sociedad del mundo globalizado, impulsando a nuestros congéneres a ser seres humanos más comprensivos, comunicativos, tolerantes, éticos y estar dispuesto a asumir cualquier situación que se presente en el devenir diario, de esta manera se estará punteando hacia la praxis educativa que respalda la agenda de Desarrollo Sostenible Educación 2030, específicamente a la meta del Objetivo de Desarrollo 4, donde el trabajo ejecutado por los educadores debe asegurar hacia reimaginar, remodelar y reconstruir la educación pensando siempre en compromiso con el futuro de las nuevas descendencia, permitiendo el desarrollo de la humanidad.

Bibliografía

UNESCO (2022). *Transformar la educación para el futuro*. Disponible: https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000382765_spa